

SI LE PESA LA COMIDA



O SE PASA EN LA BEBIDA



**Disipal**  
EFERVESCENTE

Disipa la pesadez  
el dolor de cabeza  
y el malestar general

Por si acaso lleve siempre

**Disipal**  
EFERVESCENTE



¡Burbujas de bienestar!

## PANORAMA INTERNACIONAL

Las pequeñas guerras de Occidente se desarrollan mal. En la península indochina los guerrilleros conservan la iniciativa; en el Congo progresan las rebeliones de Kivu y de Kasai. Y en Chipre no se detienen los combates. Las dos primeras son ya guerras permanentes, guerras ulceradas; la tercera amenaza también con no cesar. El desarrollo inmediato de estas guerras es fundamental en este momento: está en juego la Presidencia de los Estados Unidos. Barry Goldwater ha ascendido como un meteoro en el cielo republicano. Partió hace un año con todos los pronósticos en contra: el asesinato de Kennedy le hizo dar un gran salto hacia adelante, pero nadie —casi nadie— esperaba este triunfo arrebatador. Puede decirse que el propio Johnson nota hoy un escalofrío en la espalda cada vez que le nombran a Goldwater. Un descuido en la Casa Blanca, un paso en falso, y la elección de Johnson —de la que todavía hoy nadie duda, a no ser Goldwater y quién sabe si el propio Johnson— puede verse comprometida. Parece como si Johnson, para evitar ese paso en falso, no quisiera dar ninguno, se condenase a una especie de inmovilismo que debe durar cuatro meses. Ha nombrado a Taylor para el Vietnam, ha sostenido a Chombé en el Congo: apenas se atreve a hacer algo más. Naturalmente, algo más puede precipitarle a la catástrofe, a la reanudación de la guerra fría, para la cual el pueblo americano quizá prefiriese a Goldwater. Tampoco se atreve a hacer algo menos: paces de compromiso, acuerdos locales. Esto podría ser rápidamente interpretado por la oposición como una nueva muestra del derrotismo de la Casa Blanca. Y Goldwater está trabajando precisamente con ese material, como Hitler, en sus tiempos, trabajó en Alemania con la sensación de humillación que produjo el Tratado de Versalles para levantar un nacionalismo que se reveló sin límites. Claro que las circunstancias históricas no son las mismas, pero para muchos americanos nacionalistas la aparición de nuevos estados comunistas o paracomunistas en el mundo —uno de ellos, Cuba, tan próximo y tan decisivo para América—, la rebelión de Francia, la parálisis de la NATO, las derrotas militares en Asia y la concesión de derechos civiles a sus compatriotas negros, son elementos humillantes que exaltan su nacionalismo, su deseo de reacción. Yo no creo que Goldwater sea un gran político —como niego que lo fuera Hitler—; por el contrario, sus discursos y su actitud vital me parecen más bien energúmenicos, pero ha tenido el gran instinto de ponerse al frente de esa reacción, incluso contra su propio partido, recogiendo la ayuda material y moral de todas las organizaciones para-fascistas del país. Frente a la irradiación juvenil e intelectual de Kennedy, el problema hubiera sido nulo. Frente al desgarrado vaquero de Texas que es Johnson, el riesgo es cierto. Kennedy tenía un sentido histórico y, lo que es más importante, lo sabía comunicar. Kennedy estaba negociando una paz estable; para negociar hay que hacer concesiones y recibirlas. Entre la Unión Soviética y los Estados Unidos la negociación progresaba a base de estas concesiones, de estas retiradas tácticas. Johnson se ha encontrado con esta riquísima herencia y no sabe cómo gastársela. Es posible que en estos cuatro próximos meses se la vaya a gastar muy mal, la vaya a dilapidar, por miedo a la oposición. Hay un peligro latente en el mundo desde que comenzó el período electoral; a medida que se aproxima el mes de noviembre ese peligro se acentúa.

Johnson acaba de recibir dos excelentes puntos de apoyo. Uno lo ha rechazado ya, el otro probablemente también. Frente al ofrecimiento de Castro del pacto de la «doble subversión» ha respondido —o han respondido por él— que «con la subversión no se negocia». La iniciativa soviética de crear una policía de las Naciones Unidas no recibirá probablemente mejor respuesta, aunque sea más matizada. Johnson tendría una oportunidad de combatir a Goldwater capitaneando las fuerzas contrarias, las fuerzas del liberalismo y de la distensión. Ha elegido, en cambio, un camino que puede parecer también eficaz: demostrar que las tesis que defiende la oposición —firmeza y hegemonía recobrada— son también las suyas, pero que, al mismo tiempo, no renuncia a la paz, que la oposición pondría en peligro. Las rutas de la historia están repletas de políticos caídos por haber querido quitar las cartas a la oposición para jugar con ellas. Puede que el caso de Johnson no sea ése, porque juega con ventaja: la herencia de Kennedy, el miedo a la bomba, las elecciones realizadas

NR C.R.S. 161

RASGO



desde el poder. Pero repito que cualquier error durante los cuatro próximos meses puede ser fatal.

Es fácil concebir que la Unión Soviética, cuya base esencial en estos momentos es la coexistencia pacífica, y Cuba, amenazada por Goldwater de los peores males, tienen que actuar de forma que Johnson no sea puesto en peligro. No es de esperar por parte de esas naciones ninguna iniciativa que le ponga en peligro. No puede decirse lo mismo de China, para quien Johnson es un Goldwater con piel de cordero, y que preferiría que triunfase Goldwater para demostrar al mundo comunista que el capitalismo siempre vuelve al lugar del suceso.

La oferta soviética de crear una policía de la ONU supone una reforma de la estructura de las Naciones Unidas o, más justamente, un regreso a la Carta Original. Se trata de delimitar los poderes del Secretario General, que ha pasado, de ser un funcionario, a convertirse en un protagonista de la situación mundial; de dar un refuerzo al Consejo de Seguridad y una limitación de poderes a la Asamblea General. Es decir, una supresión de vicios. Todos estos vicios los fue tomando la ONU para soslayar los vetos rusos en cadena en el Consejo de Seguridad, vetos que hicieron famoso a Molotov durante la época de Stalin y que eran menos arbitrarios de lo que se ha hecho

# DIAS DE PELIGRO

ver. Las Naciones Unidas se habían convertido en una organización antisoviética, en la que la URSS no tenía más defensa que el derecho al veto que le había conferido su victoria en la guerra. La URSS pretende que el deshielo llegue a la ONU oficialmente —puesto que ya ha llegado, naturalmente, al tener acceso los nuevos países descolonizados— y pueda volverse nuevamente constructiva en lugar de destructiva. Con esta vuelta atrás se crearía la fuerza internacional igualmente prevista en la Carta, pero sin participación directa de los que llamamos aún «cinco grandes» —Estados Unidos, URSS, Gran Bretaña, Francia y China (nacionalista)—, con lo cual se conseguiría que los conflictos locales pudieran «taparse» sin un enfrentamiento directo entre la URSS y Estados Unidos. Con este clavo ardiendo al que agarrarse, Johnson podría fácilmente evitar el trágico desgaste americano en Indochina, sustituyendo sus técnicos por la policía internacional; podría evitar inmiscuirse en los asuntos del Congo, en los de Chipre. Pero probablemente sería acusado por Goldwater de derrotismo, de abandonismo. Si no la acepta, la propuesta puede surgir en la Asamblea General de la ONU, el mes de septiembre: puede ser apoyada por una mayoría importante de países —desde luego, todos los africanos y los asiáticos— y esto haría aparecer a los Estados Unidos en una mala coyuntura, al negarse a una medida que puede

contribuir al apaciguamiento del mundo y que, desde luego, reforzaría la autoridad de las Naciones Unidas.

La propuesta de Fidel Castro es más fácil de rechazar. Se trata, en líneas generales, de un pacto más bien vergonzante. Castro se compromete a hacer cesar su apoyo a la subversión en los países hispanoamericanos a cambio de que Johnson se comprometa a hacer cesar las actividades subversivas anticubanas. La oferta de Castro es audaz, puesto que reconoce, por primera vez, que Cuba lleva a cabo actividades subversivas en Hispanoamérica. Esta audacia ha hecho suponer a muchos que Fidel Castro se ha visto obligado a dar este paso porque el estrangulamiento económico de los Estados Unidos ha llegado a un punto grave para él. Este razonamiento es inexacto, porque la verdad es que Cuba negocia con el mundo, con los íntimos aliados de Estados Unidos, y que la ayuda soviética es suficiente para evitar el estrangulamiento. Lo que sí parece más cierto es que trata de hacer frente por anticipado a una ofensiva que se le avecina, como consecuencia también de la situación pre-electoral de Estados Unidos. La ya inmediata conferencia de Estados americanos, en la que se va a examinar una queja de Venezuela contra Cuba, ha sido precedida de una serie de actividades anticubanas. La «Operación Juana Castro» es una de ellas. Juana Castro llevaba años —por lo menos desde 1960— actuando como espía de Estados Unidos dentro de Cuba. Si la CIA se ha decidido a retirarla para lanzar este efecto teatral de las declaraciones contra su hermano es porque cree que ha llegado el momento de una preparación psicológica de alta envergadura. El golpe es grave y es importante. Por otra parte se están acentuando los vuelos de reconocimiento de los «U-2» sobre Cuba, y las provocaciones de los soldados norteamericanos de la base de Guantánamo. Todas estas operaciones se hacen con pereza, con lentitud. Parece como si el Departamento de Estado no tuviera un gran interés en ello, pero se viese forzado por la razón de cada día: quitar a Goldwater la iniciativa anticubana, hacer que se hace algo.

Esta prevista operación anticubana es uno de los peligros a que se va a exponer Johnson. Es uno de los pasos en falso que puede dar. No hay que olvidar que si Castro llega a estar acorralado hasta el punto de creer que su nuevo régimen puede hundirse, en sus manos está provocar una situación grave, un apunte de guerra mundial. Bastaría con derribar un avión «U-2», lo cual está al alcance de cualquier artillero cubano no solamente porque dispone de modernos anti-aéreos, sino porque los aviones-espías vuelan, con la insolencia de la impunidad, casi a ras del suelo. Krutchev no ha vacilado en plantear de nuevo el problema de Cuba como causa posible de guerra. Hablando ante la nueva promoción de la Academia militar de la Unión Soviética ha considerado como «intolerable» la violación del espacio aéreo de Cuba. Su frase es transparente: «No se puede tolerar esta política, porque podría constituir un ejemplo contagioso para las fuerzas de agresión en otros lugares del mundo». Digo que esta frase es transparente porque revela la íntima preocupación de Krutchev. La Unión Soviética cuenta con una larga e importante serie de aliados en el mundo que disponen de su protección, de su apoyo en caso de ser agredidos. Si la URSS fallase en la protección a un pequeño país como lo es Cuba, todo su sistema de alianza se le vendría abajo. Es la misma razón que le impide abandonar a los combatientes del Vietcong, a pesar de que esta guerra puede favorecer más los intereses de China que los suyos propios. Los suyos propios consisten en que no haya nada que pertube la paz del mundo, y que permita la verificación de sus teorías de coexistencia.

Esa es una de las razones por las que ha lanzado la oferta de fuerza permanente de la paz dentro de las Naciones Unidas. En este caso, sus intereses coinciden con los de los Estados Unidos. La cuestión está en que Johnson y sus asesores, que están estudiando el memorándum —según se ha declarado en Washington—, se encuentren en estos momentos con suficientes ánimos para negociar. Hasta ahora sólo han manifestado reservas. Y probablemente fastidio porque un elemento nuevo aparezca en una situación que ellos querían inmóvil hasta que Goldwater desapareciera como un fantasma del pasado ahuyentado por los electores de los Estados Unidos.

Por EDUARDO HARO TECLEN